

CRÓNICA DE UN SUICIDIO

Edgar Aguilar

De la redacción, Xalapa, Ver. El sorpresivo suicidio de un joven poeta causó gran conmoción en el medio intelectual de Xalapa; según el reporte de las autoridades que se dirigieron al lugar de los hechos, el mencionado occiso, que en vida respondía al nombre de Librado Contreras, de 21 años de edad, se colgó de una viga sujetándose una soga al cuello en su habitación de la calle Calandria No.15 de la colonia Obreros Unidos de esta ciudad capital alrededor de la medianoche —como señaló el informe forense—, luego de haber dejado una nota escrita en una pequeña mesa de trabajo. La nota, que fue hallada horas después —junto con el cuerpo— por su pensionista, la señora Otilia García, indicaba lo siguiente:

En la opulencia como en la vacuidad, la mentira es el peor de los engaños que puede soportar cualquier hombre sensible.

Lo curioso o extraño de todo esto, a partir de este breve “mensaje”, es que las averiguaciones previas por parte del cuerpo policiaco de la entidad hayan adjudicado el lamentable deceso a un disgusto que supuestamente habría tenido la noche del viernes el ahora fallecido estudiante, a causa de un malentendido con un mesero del céntrico y conocido café literario Galta. En entrevista exclusiva para *El Periodiquín Jarochín* con el presunto mesero, Antonio Morales, y la gerente del establecimiento, Graciela de León, de 22 y 43 años, respectivamente, se determinó lo que a continuación presentamos:

Periodiquín Jarochín: ¿Qué relación había entre café literario Galta y el joven poeta Librado Contreras?

Graciela de León: Él era un cliente que frecuentaba comúnmente este café. Siempre venía solo. Le gustaba sentarse en la barra y por lo regular pedía el paquete de promoción... me daba cuenta porque yo me encargo de la caja y él se sentaba a un lado. Abría un libro

—siempre traía uno o varios libros, además de una carpeta con trozos de periódicos viejos y papeles— y se ponía a leer tranquilamente. Nuestra relación fue prácticamente de servidor y cliente. En una ocasión me preguntó muy amable si conocía un libro que llevaba, mientras me lo mostraba y me lo ofrecía; no recuerdo el autor ni el título, pero era de poesía. Le dije que no. Él se limitó a sonreír y me dijo que era muy interesante o emocionante o alucinante... no recuerdo bien, pero fue el único intercambio de palabras que sostuvimos. Nada más.

P.J.: ¿Qué fue exactamente lo que sucedió la noche del viernes con él? ¿Cómo se originó la confusión?

Mesero: Verá, como ya le mencionó la señora Graciela, él acostumbraba sentarse en la barra; sin embargo, esa noche no fue así. Entró como siempre: callado, serio, con sus cosas bajo el brazo, pero en lugar de dirigirse a la barra, se acomodó en una de las mesas cerca de la entrada. La barra estaba libre, por lo que no se justificaba que no fuera en su dirección si acaso hubiese habido en ella personas que la ocuparan; simplemente no quiso ir para allá por no sé qué motivo. Yo me acerqué, le di la bienvenida y le ofrecí la carta, pero él la rechazó de inmediato; me dijo que quería sólo un café americano. Le pregunté si no deseaba algún pastel, como regularmente sucedía... pareció pensarlo un momento, pero después asintió con la cabeza, señalándome con el dedo —tomó la carta que yo había dejado en la mesa para anotar su café— un pastel de tres leches. Le dije que enseguida se los traería y me retiré.

P.J.: ¿Crees que habría sabido que la promoción: *En la compra de cualquier rebanada de pastel, café americano gratis*, ya no seguía vigente por determinada o determinadas circunstancias?

M: No, lo dudo. La promoción era manejada sólo internamente, es decir, únicamente el personal sabíamos, o más bien, decidíamos en qué momento entraba en vigor y en qué momento se suspendía.

P.J.: ¿Por qué no se les había informado a los clientes que la promoción había ya expirado?

M: Desde luego que se les avisó. Cuando se nos preguntaba si en la compra de determinado pastel el café americano aún sería gratis, de inmediato se les prevenía que ya no era así, que el costo habría de ser, obviamente, superior.

P.J.: ¿Librado Contreras no fue entonces informado con antelación?

M: No. Porque él, como le mencioné al principio, no preguntó “expresamente” por el paquete de promoción, sino que pidió un café americano, gratis con anterioridad en la compra de cualquier rebanada de pastel, cierto, pero después, él optó precisamente por un pastel: el de tres leches ya aludido. Él debió, con toda seguridad, haber pensado que yo le ofrecía el pastel en miras de que, si el costo del café americano es de veinticinco pesos y el del pastel de tres leches –como cualquier otro pastel– es de treinta y siete pesos, por lo tanto resultaba más conveniente gastar doce pesos más consumiendo ambas cosas, es decir, como lo estipulaba la promoción.

P.J.: ¿Qué sucedió más adelante?

M: Bueno, pues cuando le llevé el café y el pastel, mientras los servía en su mesa, empezó a protestar por la música que se escuchaba de fondo. Dijo que esa música era deprimente y aburrida, que ya estaba harto de escuchar siempre lo mismo. Se veía realmente malhumorado.

P.J.: ¿Qué música era?

M: No recuerdo bien si era trova o pop en inglés, que es la que comúnmente ponemos, además de que es la música que la mayoría de los clientes prefiere. Yo le pregunté, en tono conciliador, qué tipo de música le agradaba, para lo cual me respondió: “Eso no es de tu incumbencia. Puedes retirarte”. Desde luego que me retiré un tanto sorprendido por su respuesta.

P.J.: ¿Había hecho un comentario referente a la música en ocasiones anteriores?

M: No, o no que yo sepa.

P.J.: ¿Crees que la clase de música que había en ese momento haya influido en la discusión que se originó posteriormente?

M: Tal vez, aunque yo creo que ya venía con ganas de pelear, independientemente de si le desagradaba o no la música... ¿Por qué entonces no se sentó en su lugar de costumbre? Algo seguramente se traía entre manos.

P.J.: ¿Quieres decir que ya tenía intenciones de armar un escándalo, y que la música, al igual que la cancelación de la promoción, sólo fueron un pretexto para así poder conseguirlo?

M: Bueno, no exactamente, eso yo no podría saberlo ni mucho menos afirmarlo; sólo digo que aquella noche había algo que no cuadraba con su manera habitual de comportarse, siempre tan serio y tan, por qué no, respetuoso.

P.J.: ¿Dejaba propina?

M: Cuando lo atendía alguno de nosotros, sí...

G. de L.: Cuando lo atendía yo, no, nunca. Sólo me decía que el café había estado muy rico, me daba las gracias, tomaba sus cosas y se iba tranquilamente.

P.J.: Esa noche había bastante gente, ¿verdad?

G. de L.: Sí, quizá eso también haya provocado que se irritara tan fácil por algo que no valía la pena...

P.J.: ¿Quiere decir que era una especie de tipo introvertido y que ver a tanta gente reunida le provocó cierta misantropía, es decir, cierto odio a sus semejantes?

G. de L.: Lo primero sí lo creo; lo segundo... no lo sé, no quise decir eso, sino que tal vez esa noche no tenía ánimos de estar cerca de los demás.

P.J.: ¿Qué sucedió cuando pidió su cuenta?

M: Bueno, le diré que las ocasiones en que yo lo había atendido, nunca pedía la cuenta, sólo me hacía una seña y, al acercarme, me ponía el dinero en la mano, lo del consumo; la propina la dejaba en la mesa, cinco o diez pesos, según como anduviera, pienso. Como nunca solicitaba nota, le dije que eran sesenta y dos pesos y esperé un momento para que depositara el dinero en mi mano, como de costumbre, no en la charolita con su respectiva nota como todos los demás clientes cuando solicitan su cuenta. Me miró con un gesto incrédulo y me preguntó: “¿Cuánto me dijiste?”. Y yo volví a repetirle: “sesenta y dos pesos, joven”. “No es posible”, me dijo, aún sin alterarse, “sólo tomé un americano y un pastel de tres leches: treinta y siete pesos”, puntualizó. “Lo siento, pero del café son veinticinco y del pastel treinta y siete pesos, o sea, sesenta y dos pesos... quizá usted esté pensando en el paquete de promoción, es decir, en el paquete de promoción que ya ha sido suprimido”. “¡Y por qué diablos no me avisaste antes de ofrecerme el pastel!”, me increpó. Y usted entenderá que, ante ese impulso inesperado, con todas las miradas puestas sobre mí, o más bien, sobre nosotros dos, me quedé completamente mudo. Quise explicarle pero, ¡si ya lo había hecho! Y, sin embargo, sentía que había algo que quizá me privó de decirle... ¡pero qué!, no podría haberle dicho, después de ofrecerle el pastel: mire, si quiere pastel, tome en consideración que la promoción del mismo que incluye café americano gratis ya no existe, o ya no está vigente... u olvídela, por favor... ahora hágase responsable del

costo que tiene cada rebanada de pastel y de cada bebida... ¡Si tan sólo hubiera pedido el pastel con anticipación, es decir, primero éste antes que el café americano!, habría habido entonces manera de decirle: le informo que su café ya no está incluido en el paquete de promoción... ¡Pero no fue así, sino todo lo contrario, no habiendo manera posible de prevenirle su confusión! Entonces él se puso frenético, empezó a maldecirme y a maldecir la música y a insultar a todos los clientes por soportar la maldita música deprimente y aburrida, agitando los brazos al aire como un verdadero loco. Me exigió su nota gritándome a la cara. Se la traje enseguida, tomó la nota e hizo bizcos con ella, le lanzó una maldición mientras repetía “sesenta y dos miserables pesos, sesenta y dos miserables pesos”, sacándose un billete arrugado de a cincuenta del bolsillo del pantalón con algunas monedas; depositó el dinero en la charolita y se fue no sin antes injuriar por última vez a todos y a todo con una voz que, más que de enojo, parecía un delgado hilillo trémulo de sonido. Salió agobiado, abatido. Podría decir que sin rastros de ira... quizá sólo desesperado.

P.J.: ¿Cuándo había sido suprimida la promoción?

G. de L.: Apenas lo habíamos acordado formalmente, justo poco antes de que él entrara... pues desde ya avanzada la tarde, casi sin advertirlo, se había empezado a cobrar sin tomar en cuenta la promoción, quizá porque nadie de los clientes hizo mención o alusión a ella en ese preciso momento o porque nadie, que yo recuerde, había pedido exactamente un pastel con café americano, sino que pedía otro tipo de bebida o solicitaban algo más aparte de esto... alterándose, como por sí mismo, el paquete de promoción que con tanto éxito habíamos manejado. En verdad es algo lamentable, por ser inexplicable en cierta manera...

Estos fueron los pormenores y declaraciones que en premisa exclusiva para *El Periodiquín Jarochín* dieron las personas afectadas y, de algún modo, involucradas en el esclarecimiento del suicidio del joven y distinguido poeta, como así lo recordaron algunos destacados hombres de letras y miembros de la comunidad artística de esta ciudad.

El texto citado por el presunto suicida fue escrito en el reverso de la nota de consumo del conocido café literario Galta, que, por cierto, ha lanzado de nuevo su exitoso paquete de promoción: *En la compra de cualquier rebanada de pastel, café americano gratis.*